VALORES PEDAGÓGICOS EN LA OBRA DE LEOPOLDO DE LUIS

María del Carmen Mestre

José Antonio de Cáceres Peña, en el libro *La poesía de Leopoldo de Luis*[1], agrupa la temática de la poesía de nuestro autor en cuatro grandes bloques: 1º, lo autobiográfico; 2º, la enajenación de la gran ciudad; 3º, la solidaridad; 4º, la condición humana. El solo enunciado de estos bloques ya nos indica que en la obra deluisiana abunda la presencia de elementos fuertemente ligados con los valores pedagógicos. Creemos que es el análisis más metódico que se ha realizado sobre la temática de Leopoldo de Luis[2]. Nosotros hemos tenido en cuenta algunas de las consideraciones del mencionado José Antonio de Cáceres Peña, pero hemos preferido efectuar un recorrido analítico, prescindiendo de tal clasificación, por la antología general, publicada por Plaza y Janés bajo el título de *Los caminos cortados*[3], ateniéndonos a los valores que hemos ido hallando a medida del transcurso de su lectura. Una vez concluida ésta, nos hemos encontrado con los siguientes temas que se ajustan a nuestro propósito, y hemos desechado el resto del contenido: 1º, amor; 2º, la vida; 3º, esperanza; 4º, solidaridad. Curiosamente, también cuatro grandes bloques temáticos, alguno con subtemas, pero, insistimos, son fruto de un análisis hecho con independencia del de Cáceres Peña, pese a esta coincidencia numérica y a los puntos comunes del de este autor con el nuestro.

1. AMOR

Como ocurre prácticamente en toda la poesía, Leopoldo de Luis se refiere al tema universal del amor. Y esa universalidad se hace patente en toda su obra, impregnada por un amor a la perfección, una búsqueda conseguida de la estética en su sentido más amplio, formal e ideológico. Leopoldo de Luis amoriza la palabra, la selecciona, la cuida. Pule con la ternura del artesano la obra, que debe salir limpia de sus manos. Amor al

---

[1] José Antonio de Cáceres Peña, *La poesía de Leopoldo de Luis*, edición de Ángel Caffarena. Málaga: Librería Anticuaria El Guadalhorce, 1970, p. 15.

[2] Desde el punto de vista filológico y métrico, hay que considerar el libro de Elena Refojos de Co, *Leopoldo de Luis o la palabra densa*, edición de la autora. Buenos Aires, 1983.

[3] Leopoldo de Luis, *Los caminos cortados. Antología general.* Barcelona: Plaza y Janés, 1989.

padre, al hijo, a la condición humana, amor al dolor de los que sufren y con los que sufre, amor a la belleza y, en suma, amor a cuanto se nos ofrece en el universo.

¿Qué es el amor para Leopoldo de Luis? Amor es una palabra mágica que repetimos con frecuencia, símbolo de una comunicación que precisa la otra palabra para tener sentido. Los actores, los amantes, los que viven, necesitan del lenguaje para amar como de los labios para el beso. Si las palabras concuerdan, si ambas toman su preciso significado, se produce el milagro y a su conjuro, el tiempo se desvanece, la vida adquiere su plenitud. En el poema «Otra vez» leemos:

> Y has dicho «amor» igual que si dijeras
> «eternidad» o «vida» o «tierra» o «muerte».
> A tu voz de conjuro se deshacen
> los años y la sangre retrocede.

Amor es también canción que da ritmo a esta caja de música que, según nuestro autor, es la existencia. Porque tal vez sea demasiado monocorde el latido de un corazón en soledad, demasiado triste este sonar acompasado del reloj con las horas contadas. Es esta canción que pulsa las notas del recuerdo, de una infancia con la madre esperándole a la salida del colegio y que el autor evoca dejando constancia del amor materno sin necesitar más expresiones que la simple manifestación de la nostalgia.

> Oímos el amor como una hermosa
> canción ocultos árboles meciéndonos,
> y unas lejanas flautas de nostalgia
> sonando entre las cañas de los huesos.

Es el amor una forma de olor. El autor de «Los cinco sentidos» extiende éstos para impregnarlos con todo lo que tiene a su alcance y, con la fuerza de su sensibilidad, transformarlos en su interior para convertirlos en su obra personal. Une lo abstracto a lo concreto, en unas imágenes de

gran belleza plástica, y así dice «olorosa verdad», «humano aroma», «manos melodiosas», «música vistiendo», etcétera. Para el poeta, la amada huele a rosas, a azucenas y a claveles, en un jardín de amorosos perfumes en que la proximidad de los labios que se unen y que, paradójicamente, se rompen.

Amar es una forma de olor. Llegas
fragante. Llego. Nos acoge
la onda que huele a vida enamorada,
a claveles que en dos bocas se rompen.

Y amor es la mujer, compañera y esposa, a la que se aferra buscando cobijo, un refugio para la agitada navegación del vivir. Mujer a quien también quiere dar protección en una simbiosis mágica en la que dos debilidades se encuentran, identificándose, intentando inútilmente hacerse fuertes. Ampararse uno a otro, porque el hombre es débil y poco puede sin este sentimiento que, según nos confesó personalmente el autor, es una tabla de salvación. Tabla de salvación que entendemos necesaria para sobrevivir en un naufragio de desértica soledad.

¡Qué poco puede el hombre!
Y me refugio en medio
de tanta soledad
en tu caliente cuerpo,
para que entre tus brazos
me mezas con tu tierno
amor. Niño asustado,
busco tu amor materno.

El amor de la amada es también respeto a su intimidad. El deseo de identificación no puede realizarse porque al adentrarse en la realidad del otro no se pierde su existencia. No quiere decir «nosotros» porque el pronombre dramáticamente no permite vivir la vida del uno en el otro.

Si te miro en ti misma, no te tengo
y si te tengo acaso ya no eres.
No podemos vivir la vida de uno
el otro, no se puede ser «nosotros».

Por un lado, amor inalcanzable, tentación como árbol o nube, por otro amor que desborda los límites del tiempo.

Los amantes son tiempo detenido,
misterio que acumula sus penumbras.

Pero es quizá el amor al hijo lo que muestra con más intensidad su ternura. En palabras de José Antonio de Cáceres Peña, «*Alba del hijo* es todo un símbolo, toda una historia. Ningún poeta cantó con voz de tal modo emocionada y con tanta extensión la esperanza del hijo, su lento fluir por los cauces vitales, su aparición, su aurora, su alumbramiento»[4]. El hijo es para el poeta una forma de esperanza que aparecerá sucesivamente a lo largo de toda su obra, impregnándola a veces de un sentimiento paternal tan explícito que nos obliga a compartirlo.

Huella de amor en prados de escondida ternura
en ocultos jardines donde empieza la vida.
Mi corazón vestido con su emoción más pura
—sombra, temblor o hijo— te da la bienvenida.

Huella de amor presente también en la futura madre, a la que nos describe cuando el hijo está todavía en su vientre.

Como la ola guarda que le crezca la espuma.
Como el rosal espera que le nazca la rosa.

[4] José Antonio de Cáceres Peña, *op. cit.*, p. 16.

Huella suya en la húmeda tierra de su cuerpo, continuidad de su vivir, como el río manriqueño, el hijo fluye por sus riberas.

Mira el agua. Contémplate. En el hondo
caz de mi alma, amor, lo mismo fluyes.
Miro el agua. Te miro. Y en el fondo
del tiempo, acaso, como el agua huyes.

Hemos dicho que para Leopoldo de Luis, el hijo es una forma de esperanza. A través de sus ojos, el paisaje se le hace más luminoso, y esta luz atraviesa el humo del odio, de la incomprensión y de la injusticia que el autor intenta combatir con las únicas armas de sus versos.

Es un hombre realista y su pesimismo frente a la tangible verdad de la existencia está en continuo estímulo de superación. Aunque conoce el final del argumento de la comedia humana, no se deja vencer y lucha por destacar lo bello por encima de toda desesperanza, aun sabiendo que no es fácil, que la tristeza asoma como una sombra, como la fugacidad de las cosas. Pero el hijo está aquí, para ayudarle, para, desde sus brazos repletos de trigo, alimentar ilusiones. Porque sabe que al fin vale la pena el esfuerzo.

Quiero aprender a ver desde tus ojos
el mundo más sencillo, claro y bueno,
y a esperar en el sol de cada día
la nueva luz que alumbrará lo bello.

Este hijo amado a través del cual el autor quiere creer en lo mejor del universo y en todo lo bueno que Dios hizo, y a quien transmite su hondo deseo de que avance hacia la luz, incluso cuando él esté ya en la oscuridad.

No sé si alcanzaré lo que hoy escribo
o será el alba, hijo, sólo tuya.
Pero antes de que el tiempo me destruya
quiero decir que porque vivas, vivo.

Y no queremos terminar este breve itinerario por los aspectos amorosos de la obra de Leopoldo de Luis sin hacer una referencia al sentimiento que la marcha del padre despierta en él. «La pelea» es, según José Antonio de Cáceres Peña, «el poema más desgarrador que se ha escrito a la muerte de un padre»[5].

El padre es, como él y como su hijo, agua de un mar o de un río sin regreso. El tiempo con su fluir los arrastra y él se siente gota de este mar paterno.

Eras agua también de esta rivera,
padre, como agua soy en tu corriente,
como es agua este hijo que ahora espera
su destino de joven afluente.

2. LA VIDA

¿Qué es la vida? Esta cuestión tan humana como trascendental está también presente en la obra deluisiana. Como ser pensante, el poeta se pregunta por el sentido de la existencia y en «Huésped de un tiempo sombrío» nos la define:

Vivir es reencontrarse
en todo lo lejano,
ser otra vez aliento en el paisaje
que fue otra vez soñado.
Vivir es ser corteza de este roble
que en hielo y sol el tiempo va quemando.
Vivir es retornar a cada Octubre
para sentirse el corazón dorado.

Al igual que el árbol está el hombre echando sus raíces en la tierra, y está como él a merced de vientos que pueden ser de odio y de amargura.

[5] José Antonio de Cáceres Peña, *op. cit.*, p. 22.

Pero el poeta no se dejará abatir por ellos. Como veremos en el apartado dedicado a la esperanza, el árbol de la vida está permanentemente con la ilusión puesta en la primavera.

La vida es también camino, un andar pasando, según la imagen machadiana. Un recorrido que vamos repitiendo en una andadura constante hacia un destino que sabemos triste. Nacer es comenzar este trayecto contemplando los mismos paisajes, las mismas estaciones. Sin embargo, el autor sabe que hay un abril radiante y esta alegría irá acompañando sus pasos junto a los de su hijo que es también primavera.

La vida y el amor, unidos en la caja de música del pecho donde oímos sus resonancias de sueños y melodías con rumor de nostalgias. La vida es una orquesta que suena constantemente en nuestra alma. Nos oímos vivir y en cada sentimiento, en cada impresión, en la memoria, ahí están las cuerdas más sensibles respondiendo al pulso donde la esperanza pone su armonía.

> Nos sentimos sonar día tras día
> en el silencio cóncavo del pecho.
> Nos oímos la vida, resonancias
> de músicas, de sueños,
> de olvidadas, perdidas melodías,
> de remotos, oscuros, tristes ecos.

Para nuestro autor, la vida —nos los explica muy concretamente en *Teatro real*— es como en Calderón una representación. Vivimos repitiendo unos papeles que son monótonos, individualistas. Cada uno tiene en sí mismo su propio quehacer. Se sufre la fatiga, el sueño, el llanto. Dramáticamente sentimos la soledad y el cansancio, pero hay algo que perdura también oponiéndose al escenario sombrío. El autor lo remarca varias veces en su poema «La representación».

> Una gran sala en sombra, una gran noche,
> una gran muerte enfrente.
> No alcanzamos

a ver si hay en la sombra espectadores.
Sólo la luz, la luz sigue alumbrando.

La luz que se opone a la noche y a la desesperanza. El poeta no esquiva la realidad. Es consciente del llanto, de la amargura, del desencanto y siempre opone a esto un ansia de positiva superación.

Por heridas paredes sube a trozos
su deseada hiedra el entusiasmo,
como clara pintura que quisiese
cubrir el esqueleto del andamio.

Nosotros somos los que conducimos la vida. Le vamos dando vueltas. Pero hay aquí un grito de libertad. Tenemos posibilidad de fabricar las piezas de la noria para que dé vuelta según nuestros deseos. Si estamos vivos, es porque somos capaces de superarnos constantemente. «La vida —dice Ortega— es faena poética, porque el hombre es inventar lo que va a ser»[6]. Y ésta es también la creencia de Leopoldo de Luis.

Nosotros vamos dando vueltas
a la vida. Elevamos sombras
hacia la luz. Hundimos luces
hacia la oscuridad. Y otra
vez levantamos con esfuerzo
las señas luminosas.

Salir de las sombras hacia la luz, y, una vez ensombrecidos, comenzar un nuevo giro. De las cenizas sacar lumbre donde brille la «libertad, esperanza, amor, mañana, hijo, alegría, corazón, no importa», como especifica en el poema titulado «Nosotros».

---

[6] Julián Marías, *Historia de la Filosofía*. Madrid: Revista de Occidente, 1960, 13ª edición, p. 410.

Se deduce de todos estos poemas su lucha contra el negativismo, pese a que éste se nos muestra algunas veces con hermosas palabras. El autor quiere creer en algo trascendental, un reclamo que esté más allá de la condición humana.

Hay algo que nos llama y nos descubre
que somos tierra hacia la luz viviendo,
que somos·claro abril, ardido octubre
y diciembre cayendo,
pero que nos cumplimos y nos damos
en la viva cosecha que rendimos,
lo mismo que los ramos,
igual que los racimos.

Para él, la vida es también oposición, contraste continuo, guerra y paz, esperanza y desesperación, música y silencio.

Porque la vida es como un gran silencio,
como una enorme playa donde llegan
en oleaje confundidos, ciegos,
los pequeños rumores de las cosas.

Además de música y silencio, la vida es palabra y voz, por la cual el poeta sabe que el hombre está vivo porque la escucha.

Sé que vives por tu palabra,
sé que vivo porque la escucho.
La vida es voz que nos revela,
que nos saca de lo nocturno.

Ahondando en esta idea, el poeta reclama la voz de la amada para que su palabra llegue a su conciencia y le cerciore de que posee un existencia real, alejada del silencio de la muerte.

Háblame tú. Que en tu palabra
me llegue un hálito seguro,
que me cerciore realmente
de esta vida a que no renuncio.

La vida podrá tener, sin duda, sus dificultades. Leopoldo de Luis es consciente de ellas y nos las expone con hermosas palabras, como hemos dicho antes, pero tampoco desconoce la belleza que se encuentra en la naturaleza, en las pequeñas cosas cotidianas. Por ejemplo, el milagro de la brisa de cada mañana, el perfume solar del mediodía, el copo de aroma de la tarde, y tantas cosas que hacen la vida «tan hermosa y fragante».

Huelen las rosas, y sentir su aroma
también es dar constancia de la vida,
es percibir la realidad que llega
en su increíble y breve maravilla.

Es decir: por mucho que la vida se le ponga de espaldas, el poeta ve la hermosura de la curva de la espalda femenina.

Se nos puso de espaldas la vida y sin embargo
cuán hermosa la curva de su espalda desnuda.

Como resumen, hemos de insistir en que, aunque Leopoldo de Luis vea la vida como una representación teatral de argumento muy sabido, considera que vale la pena estrenar la obra.

3. ESPERANZA

La poesía deluisiana contiene abundantes preguntas que se dirigen, como acabamos de ver en el epígrafe anterior, hacia el eterno misterio de la vida, teñidas de cierta angustia existencial. El hombre es un ser extraño,

zarandeado por las circunstancias, que sufre, tal vez porque no encuentra en ocasiones la respuesta convincente. Pero cuando se halla a punto de la desesperación, piensa que esto no es todo. No se resigna y cree que en un futuro todo irá mejor, el mundo será más habitable. Acepta su papel en el mundo. De esta aceptación del vivir, surge la esperanza y hace que encontremos valores pedagógicos —tal este de la esperanza— en su obra. Dice en el poema «Aún esperanza»:

> Se llama la comedia «vida», pero
> es preciso llamarla aún «esperanza».

Parte el poeta de la pena, como si ésta fuera una noche, tal vez la noche oscura del alma, recordando a San Juan de la Cruz. En un poema que titula precisamente con un verso del santo abulense, «Aunque es de noche», Leopoldo de Luis dice que la noche se abría como un campo de guerra, como sangre que sacia el ansia de un desierto, como un rencor, como una deshabitada tierra. Pero después de esta noche nace la aurora, como desde esta noche elaboramos el día de los hombres futuros.

> Desde la pena puede abrirse la esperanza
> como desde la noche nacer la aurora pura.
> El corazón del hombre a la luz se abalanza
> de una gran hendidura.
> De un tajo en la tiniebla, una alegría
> donde otros hombres pisarán seguros.
> Aunque es de noche vamos elaborando el día
> de esos hombres futuros.

Se impone, pues, ir hacia el mañana, con un canto hacia este futuro solidario, sabiendo que hay que ganarse la esperanza, aunque sea duro. Hay que seguir. Así lo manifiesta en el poema «Y seguir».

> Vamos hacia el mañana. Alcemos las pupilas.
> Que un canto de esperanza caldee nuestra boca.

No estamos solos. Alguien precisa nuestros hombros.
Y con él proseguimos caminando en la sombra.

La esperanza, por tanto, se une íntimamente a la solidaridad, tema que abordaremos en el epígrafe siguiente. En otro poema, «Los metales», insiste en este caminar hacia el mañana.

La amargura me cerca y la domino,
la verdad clamo, la luz busco, el ala
de la esperanza el corazón me roza,
y voy hacia el mañana.

En este mismo poema une cuatro nombres que quizá sean el mejor compendio de este sentido de la esperanza deluisiana: amargura, verdad, luz, esperanza. Éste podría ser un perfecto trayecto vital del poeta.

Con estos cuatro nombres:
amargura, verdad, luz, esperanza,
cemento sin cansancio, como obrero
metalista, mi voz y mi palabra.

Su voz y su palabra, de nuevo. Éstas son armas de todo poeta, armas de Leopoldo de Luis para luchar contra el desaliento. O materiales para construir, en hermosa madera, este refugio de la esperanza.

De las palabras crece un manifiesto
de sangre y de verdad. Una esperanza
luminosa y común. Callado obrero
de esa hermosa madera, cada día
trabajo contra el terco desaliento.

En el poema «Patria oscura», el poeta prefiere comparar su palabra, «pobre palabra» que siente él responsable de la verdad, a una mano que se estira hacia la luz.

Esta pobre palabra, como a tientas,
es una mano hacia la luz; ceniza
quiere apartar hacia la lumbre; humana
esperanza de amor la justifica.

Esta palabra o pan de cada día hace posible recuperar una hermosa verdad. A palabra, a luz, Leopoldo de Luis suma «paloma de consuelo». Y con ella consuela al hombre herido.

Aún es posible dar al hombre herido
una noble palabra esperanzada.

Otra comparación que el poeta hace de la esperanza es con la madre, invisible sombra que nos protege y que representa amor y alegría. La madre que nos espera para volvernos otra vez sencillos.

A madre suena la esperanza. Toca
a salvación su nombre. Un aire viene
feliz de infancia en su recuerdo. Invoca
y alienta cuando erguidos aún nos tiene.

El hombre, en definitiva, es quien se trabaja su esperanza, la salvación diaria, recogiendo restos, ilusiones que aún es posible mantener a salvo y los ordena con esfuerzo una y otra vez. Es una patria sobre la que el hombre amanece cada día.

Hay una patria de esperanza y sombra
donde amanece el hombre cada día,
tierras aradas en silencio, campos
que en soledad siguen soñando vida.

El amanecer, este amanecer construido por la voluntad y la solidaridad humanas, nos devuelve la luz, nos hace recobrar el gozo y el ansia, tanto como la pena y la pasión. El amanecer se impone sobre la desolada geografía.

Nosotros
conseguimos que gire la esperanza
sobre la desolada geografía.
Damos la vuelta al mundo en cada
amanecer. Y el sol vuelve a alumbrarnos.
La vida cobra gozo y ansia,
pena y pasión.
Nosotros construimos
así el amanecer; somos la raya
que divide lo exacto de lo vivo.

En consecuencia, en el mundo poético deluisiano, el mundo está unido en la esperanza. El hombre no puede vivir sin una esperanza definida: de paz, de pan, de revolución, de fama, de amor... Esperanza frustrada tantas veces, pero que es como otro instinto de conservación que nos hace vivir. Podríamos seguir, con ejemplos como los expuestos hasta aquí, porque el tema subyace en la inmensa mayoría del pensamiento/poesía de Leopoldo de Luis. Sin embargo, concluiremos con la recopilación de un poema entero. Ya hemos citado a uno que incluye la palabra esperanza en su título («Aún esperanza»), pero hay otro que se titula precisamente «La esperanza», perteneciente a su libro *Teatro real.* Son nada menos que cuarenta y ocho versos que Leopoldo de Luis dedica a esta virtud teologal.

Todo el acoso triste del invierno,
toda la destrucción de la ceniza
no son bastante. Tierra dura y seca
la hace crecer con mineral espina.

Los dulces desencantos del otoño
con su mano no logran recubrirla
ni contagiarle su tristeza áurea,
su hermosura marchita.

Florece entre la más amarga tierra,
la primavera está en su raíz misma,
surge del vivo hierro, de la roca
humana y silenciosamente viva.

De unas manos de piedra y tierra nace,
de unos huesos sufridos, de una mina
de llanto. No es azul de cielo; sólo
gris de terrón y sangre endurecida.

Es así de difícil la esperanza,
así de seca su belleza, ortiga
irreductible, violenta, pura
como la luz solar del primer día.

Como la luz del primer día, llena
el corazón del hombre. Está, sufrida
y maltratada, en cada uno
de nosotros haciéndose continua.

Haciéndose continua herencia y pluma
áspera para el ala de la vida,
pluma para las alas que nos tienen
en vilo todavía.

Hay que ganarse la esperanza. Es duro
ganarse la esperanza, hijo. Mírala
entre los ojos de estas gentes, sobre
sus fatigadas frentes afligidas.

Ve la esperanza, hijo, en esas manos
de jornalera y requemada arcilla,
en esos dorsos que se comban, esos
hombros que el tiempo lentamente izan.

Mírala florecer entre las máquinas
sucias de grasa y hambre; entre la tinta
del libro; hacerse luz en los pinceles;
música que la música aproxima.

Escúchala en la voz de los poetas
más altos que nos hablan: «Alegría,
hoja verde caída en la ventana...»
«Sigue, sigue subiendo. Falta poco. Es la vida...»

Hijo, es la vida. Sí. Seguir subiendo
y abrir nuestra ventana cada día
y que una hoja siempre nueva y verde
nos dé en el corazón, hermosa y limpia.

Como se ha comprobado, en este poema se sintetiza una filosofía en la que el poeta califica con unas seleccionadas metáforas el concepto de la esperanza, razón por la que lo hemos reproducido en su totalidad. Nos dice claramente que por encima del desencanto otoñal está latente una perenne primavera, cuya eclosión es difícil, pero que debe ganarse a pulso, día a día, con el esfuerzo constante.

4. SOLIDARIDAD

Este tema de la solidaridad es el segundo en importancia en la poesía de Leopoldo de Luis y, prácticamente, el único que le une a su generación, según Cáceres Peña[7]. Se halla ya en sus primeros libros porque Leopoldo de Luis se siente hombre de su tiempo, participa del acontecer diario, se sumerge en la realidad. Para él, la solidaridad es sinónimo de caridad, amar y sufrir con el otro, intento de aliviar sus necesidades, combatir la

[7] José Antonio de Cáceres Peña, *op. cit.*, p. 27. El primero, según este autor, es el tema autobiográfico.

injusticia, dolerse de la indiferencia. No podemos olvidar que es un poeta social y, en palabras de Cáceres Peña, «el poeta social es un moralista. Los problemas de la sociedad en que vive no le son extraños, se preocupa, alza su voz contra esto y aquello, quiere participar en las alegrías y en los dolores de los demás, se siente solidario[8]».

Montón de soledades asediadas
por la injusticia, por el hambre, el miedo.
Solitarias angustias, hombres solos,
vamos, hacia la luz, a comprendernos.

Otra vez la luz. El poeta no se rinde. pese a la injusticia, al hambre, al miedo, hay siempre el consuelo, la comprensión, el saber que el dolor compartido se empequeñece. Siempre la luz que nos salvará de la negra angustia que invade nuestra soledad. El poeta cree en el hombre y en sus posibilidades. En la introspección, como Bécquer, descubre que llevamos algo divino dentro. En el poema «Oscuros hombres» manifiesta que la verdad está cerca, próxima a nosotros.

Acaso la verdad, arriba, bate
sus alas cerca; abajo, acaso, lejos.
Acaso dentro de nosotros mismos
vuela, y llevamos nuestro propio cielo.

Según hemos comentado en el epígrafe dedicado al tema de la vida, para Leopoldo de Luis vivir es un trabajo constante, un hacerse cada uno cotidianamente, como cada día hay que hacerse la patria. Nos adentramos en una mina para buscar la luz, que en este caso es la esperanza, a la que califica de metal hermoso.

[8] *Ibídem.*

Somos mineros. Trabajamos, mientras
brilla un sol libre arriba, desde el alba.
Buscamos un metal hermoso pero
difícil: la esperanza.

Mas de su concepto de la esperanza ya hemos hablado en el epígrafe anterior, y a él nos remitimos. Nos interesa, ahora, este sentido deluisiano de que la vida es trabajo, de que todos somos mineros. Todos los que trabajan están unidos en una misma lucha, en un mismo dolor.

Manos, frentes y pechos se levantan.
Y luchan, aman, odian, lloran, cantan.
A golpes van haciéndose la vida.
Sumérgete en su mar. De carne y huesos
eres. Somos. Lo mismo. Como ésos.
Y respiramos por la misma herida.

El poeta no vive solo. Sabe que su humanidad es compartida y a su vez comparte él la humanidad del otro.

Pienso que habrá otros hombres con la misma
pasión, con igual ansia e igual pena.
Otros que mirarán también como yo ahora
la sombra de la tarde caer sobre la sierra.

Identificarse con el otro. He aquí el secreto de la solidaridad que Leopoldo de Luis nos muestra abiertamente. Hacer suya la inquietud ajena, intentar el alivio con lo único de que dispone: su palabra. La levanta con brío para luchar contra la imperfección y combatir el error. Permanentemente, sabiendo que es una lucha sin tregua porque el corazón no tiene descanso y la palabra es débil, pero él no desfallece para que los hombres no sientan el aletazo frío de la noche.

Yo froto estas palabras como trozos
de pedernal y brota un fuego activo.
Cuesta tener viva su llama porque
se humedeció la leña en el camino.

Leopoldo de Luis se pone de parte de los hombres que luchan, del hombre oscuro que no ocupa lugares de privilegio pero que tiene su lugar en la vida de todos los días, porque nadie sobra ni nada es desdeñable. De todos se siente compañero que comparte el trabajo y el sufrimiento. En un poema dedicado al hierro, dice:

Vosotros, compañeros suyos, los que
colaboráis con él desde la fábrica,
desde el andamio, desde el yunque, desde
la vía férrea, ¿no es un camarada
verdadero? Decidlo.
Lo mismo sois vosotros: hierro vivo,
hierro trabajador que sufre y calla.

En uno de los poemas anteriormente citados, titulado «La mina», vemos muy diáfanamente este espíritu de solidaridad con los demás, y el poeta vuelve a hablar de «camaradas».

Contemplo lentamente algunas veces
cómo vienen y van mis camaradas.

Este sentido de la camaradería hace que tornemos diariamente a la mina por sordas galerías sepultadas y que a tientas nos cojamos de las manos para ahuyentar la soledad helada. Todos respiramos el mismo gas, todos compartimos el mismo esfuerzo.

Somos obreros de esta mina. Estamos
todos tocados por la misma lacra.

Respiramos el mismo gas, la misma
humedad nuestros huesos cala.

El poeta insiste una y otra vez en esta idea, por lo que los ejemplos podrían multiplicarse. Puesto definitivamente de parte del hombre, renuncia al puro placer estético de la poesía. No quiere hacer poesía pura que cante a las rosas o a la luna, sino que quiere hacer una poesía para el hombre, que le sirva. La poesía deshumanizada y desarraigada no le interesa. Así lo proclama en el extenso poema «Renuncio a la luna».

No se puede seguir haciendo daño
en aras de una abstracta, quimérica alegría,
mientras crece un rebaño
de angustia cada día.
Perder más que ganar. Eso prefiero.
Perder rencor, miseria, odio en las vidas.
Perder esos fantasmas que hoy tienen prisionero
al hombre, que hoy enconan sus heridas.

Este poema termina con una estrofa en la que se incluye —último verso— la idea primordial, antes expuesta.

El hambre, triste pie que pisa
por el mundo. El dolor, que a tanto ser acuna.
Mientras exista un niño sin pan y sin sonrisa
yo renuncio a la luna.

El tema nos introduciría de lleno en la poesía social, de la que Leopoldo de Luis es un considerable y considerado cultivador, hasta el punto de que algunos creen que éste —el social— es el aspecto más importante de su obra[9]. Es, de todas formas, un profundo conocedor de la

[9] No lo cree así José Antonio de Cáceres Peña: «Leopoldo de Luis hace poesía social, aunque no es el aspecto más importante de su poesía contra lo que algunos creen y tal vez él mismo piense» (*op. cit.*, p. 33).

misma, y fue el responsable de la edición de una *Antología de la poesía social*, que la editorial Alfaguara publicó en 1965. Las anotaciones a esta antología son realmente espléndidas.

Insistimos, empero, en lo dicho en el epígrafe anterior: siempre hay en la obra de Leopoldo de Luis un punto de aceptación del vivir, de esperanza, que hace que encontremos en ella valores pedagógicos. De los que sufren, de los camaradas del vivir cotidiano, sabe que al final sale a flote una victoria.

> Veo los invisibles desfiles de ignorados
> héroes, de silenciosos hacedores de historia.
> Estoy junto a la lenta masa de los ahogados
> por los que sale a flote una victoria.

Victoria o verdad. Porque el anuncio claro de la difícil esperanza que hay que conquistar después del infortunio es la verdad, la justicia, que es el fundamento de la moral, según cree el propio Leopoldo de Luis[10].

> Sólo canta la verdad quien
> con tierra y pueblo se hace uno.

En el fondo, existe una enorme contradicción en el sentimiento del poeta, reflejo de la perenne contradicción humana. Se hace solidario del dolor, de la lucha por conseguir un mundo más justo, un mundo en el que la verdad se imponga, y también comparte sus alegrías, sus risas.

> Me gusta oír la risa de los que lloran
> también, de aquellos mismos que sufren tanta pena
> y pienso que las manos de la vida elaboran
> sencillos paraísos que el corazón estrena.

---

[10] En el estudio preliminar de *Antología de la poesía social española contemporánea* (Madrid: Alfaguara, 1965), Leopoldo de Luis dice que el poeta social es además protagonista, partícipe, «padece, no compadece», no es poesía caritativa, no se centra en los casos individuales, sino en los colectivos. La poesía social es moral, pues para muchos el fundamento de la moral es la justicia.

Estos sencillos paraísos constituyen, a nuestro modo de ver, un profundo acto de fe de Leopoldo de Luis en la condición humana. La última estrofa del poema «Oigo la risa», al que pertenece también la que acabamos de recopilar, ratifica su confianza en que el corazón del hombre resiste puro, a pesar de todos los pesares.

> La risa me transmite un cálido sonido.
> Es lo mejor del hombre lanzado hacia el futuro,
> lo que aletea y se alza de su sonoro nido.
> Algo en su corazón resiste puro.

Leopoldo de Luis es realista. Quiere conseguir algo y sabe lo que le va a costar. No trata de ocultarse a sí mismo —y, por ende, al lector— lo que cuesta llevar adelante la propia vida y la responsabilidad que cada hombre contrae con los demás. Y ésta es la mejor prueba de su solidaridad.

5. CONCLUSIÓN

Del análisis efectuado en este trabajo, llegamos a la conclusión de que Leopoldo de Luis es un poeta lo suficientemente profundo para invitarnos a reflexiones de índole moral y lo suficientemente claro para que éstas lleguen con facilidad al lector. Conociendo su personalidad, sabemos que hay en sus ideas la honestidad necesaria para destacar los valores que laten en toda su poética. Esta opinión es la que compartimos con la escritora Concha Zardoya, quien afirma que «la poesía de Leopoldo de Luis —humana, verdadera, conmovida y conmovedora— nos deja una huella imborrable en el espíritu y en el corazón. Nos ha tocado con su dolor, vertido en versos de clásica sobriedad. Nos ha enseñado su lección de ética profunda, animándonos al trabajo solidario, al amor vinculante, a la seria honestidad. Su metaforismo simbólico arranca del mundo circundante, de los objetos, por no buscar evasiones ficticias. Poesía arraigada en la existencia profunda del hombre y en la temporalidad de lo cotidiano. Poesía tonificante porque su estoicismo la salva de

ser negativa: nos ayuda a seguir viviendo seriamente, mas nunca disfrazados de frivolidad ni de obtusos optimismos. Poesía grave, sí, que camina hacia la serenidad por la vía del amor y de la esperanza, por el difícil sendero del esfuerzo»[11].

Éstas son varias de las razones que nos movieron a seleccionar a este autor y dejar constancia de las posibles aplicaciones pedagógicas en el aula.

[11] Concha Zardoya, *Leopoldo de Luis*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1982, p. 34.